

FESTIVALES TEATRO, MÚSICA Y DANZA DE SAN JAVIER

‘Hola, maté a mi padre’

Ovación para el poético ‘Edipo’ que protagoniza Alejo Sauras

CRÍTICA DE TEATRO
ANTONIO ARCO

He aquí a Edipo, ya convertido en rey de Tebas tras haber vencido con su inteligencia a la Esfinge-bestia que tenía asolada la ciudad, teniendo que escuchar lo que el dramaturgo Paco Becerra ha puesto en boca, apasionado y certero, y en el tono filosófico-poético en el que ha escrito su obra ‘Edipo. A través de las llamas’, del personaje-ciervo:

«Una doble maldición avanza, terrible, hacia ti, y no hay quien la detenga; una infernal condena que te hará arrepentirte de haber abandonado la solitaria y pretérita andanza de los caminos. Tú fuiste el que acabó con la vida de Layo [anterior rey de Tebas]; el que acabó con su vida y el principal responsable de que, hoy, la ciudad de Tebas se encuentre amenazada por las llamas. El asesino que buscas eres tú, Edipo». Y no solo eso, porque le queda por descubrir que Yocasta, la reina tebana con la que se desposó y de cuya mano accedió al trono, es, sin poder imaginárselo siquiera, su propia madre. A estas alturas de la función –con la que se clausuró el domingo un meritorio (y reducido) 51 Festival de Teatro, Música y Danza de San Javier, dirigido por David Martínez–, de esta aventura onírica que ha dirigido con elegancia extraordinaria Luis Luque, quedaba más que evidente la belleza plástica y sonora que envolvía, con un cauteloso y milimetrado mimo, esta historia terrible. Una historia eterna trasladada al espectador en modo futurista, casi con atmósfera de proximidad a los misterios hipnóticos del planeta Solaris creado por Stanisław Lem, que



Un momento de la representación de ‘Edipo’ en San Javier. PEPE H

sigue cautivando y aterrando a los humanos siglo tras siglo.

Luque ha creado un espectáculo inquietante, bello, cerebral, misterioso y admirable en su perfecto funcionamiento de reloj más allá de cualquier tiempo concreto, que funciona como un ‘thriller’ psicológico que bebe de las fuentes de la Antigüedad y que muestra a Edipo, encarnado por Alejo Sauras con encanto, vigor y verdad a partes iguales, preso de una fantasmagórica pesadilla de la que es imposible escapar. Todo juega en este espectáculo a favor del lucimiento del entregado joven elenco en el que Luque, muy acertadamente, ha confiado: la escenografía de Mónica Boromello, la iluminación de Juan Gómez-Cornejo, el vestuario de Almudena Rodrí-

guez Huertas, la música original de Mariano Marín, el trabajo de videoescena de Bruno Praena, la coreografía de Sharon Fridman. Un trabajo artístico de altísimo nivel, que favorece el buen desarrollo de este ritual escénico, de vocación sagrada y profundamente humanístico, que convierte a Tebas en metáfora del mundo actual: urge salvarlo de la destrucción –ay, el Mar Menor, ¿cómo es posible?–, de su desamparo y agotamiento.

Hay un momento cumbre en este montaje que deja planteadas en la memoria del espectador muchas posibles preguntas sobre su propio modo de estar

en el mundo. Llega, precisamente, cuando cesa la música, la danza sostenida de los personajes-coro, las fantásticas imágenes proyectadas sobre el océano azul de Boromello...; cuando Edipo descubre toda la verdad, tan dolorosa como infernal, estalla en un alarido desgarrador, como si al suyo propio se sumasen los de todos los agraviados por el destino, los de todos los masacrados por el infortunio o por la más desalmada de las injusticias. Un grito que llega a zarandear el suelo que pisamos y el cielo que nos ignora. Y tras él, abierto en canal, se confiesa ante todos los hombres de todos los tiempos, también de los futuros: «No hay calamidad, en este mundo –de cuantas tienen nombre–, que, en este momento, no se encuentre en mí...». Edipo, el monarca que, en contra de su propio beneficio si es preciso, busca por encima de todo el bien de su pueblo. Edipo, empeñado en la búsqueda de la verdad, pase lo que pase. Edipo, que sabe que «se puede huir de muchos sitios; se puede huir de un pueblo, de una ciudad, incluso de un país; pero nunca se puede huir de uno mismo».

Destino

Edipo, a quien el destino eligió como diana de una tragedia cuyas enseñanzas cívicas y sobre la condición humana jamás se agotan. Y ‘Edipo. A través de las llamas’, que se escucha y se ve, al modo calderoniano, como si estuviésemos asistiendo a un

sueño punzante, fiero, amenazante, en el que el salvador de Tebas lo recuerda todo: las heridas abiertas, el deseo de ser útil... ‘Hola, me llamo Edipo y maté a mi padre...’. La ovación fue merecida para todos los actores que, junto a Sauras, se lucieron sin estridencias: Mina El Hammani, Jonás Alonso, Julia Rubio, Álvaro de Juan, Jiaying Li, Alejandro Linares y Andrés Picazo.

ASÍ FUE.

Obra. ‘Edipo. A través de las llamas’.

Representación. Auditorio Parque Almansa, domingo 22 de agosto de 2021. 51 Festival de San Javier.

Calificación del espectáculo. Muy interesante.

7.000 personas disfrutaron de una edición con aforos al 50%

Con una programación de lo más ecléctica, hemos sido capaces de emocionar al espectador. Desde teatro de temática grecolatina, a teatro contemporáneo. Grandes textos: ‘La casa de los espíritus’, ‘Peribáñez y el Comendador de Ocaña’, ‘Edipo’ entre llamas...; grandes

directores: Carmen Portaceli, Eduardo Vasco, Luis Luque...; grandes artistas como José Luis Gómez, premio del festival en esta edición en la que nos acercó magistralmente al Cantar de Mío Cid...». El director del Festival de Teatro, Música y Danza de San Javier, David Martínez, hizo ayer

un balance muy positivo de la 51 edición, que registró 7.000 espectadores. Las medidas aplicadas por la Covid-19 obligó a reducir los aforos a más del 50%.

«El Festival ha sido un éxito. Nos hemos adaptado a todas las indicaciones que nos marcaban las autoridades sanitarias y hemos

sido muy estrictos con el fin de que el público se sintiera seguro», aseguró Martínez. «Un festival en el que ir al teatro se ha convertido en un acto casi sagrado, cual creyente cuando acude al templo a recibir los santos sacramentos. Un festival lleno de historias que nos han hecho reír y llorar, en el que hemos podido viajar desde la mitología griega hasta uno de los principales males que azotan a nuestra sociedad, la violencia de género. En suma, un espejo donde vernos reflejados y a través del cual entender mejor de donde venimos y hacia donde vamos».

